



André Comte-Sponville

El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios
(Barcelona: Paidós. 2006)

“¿Puede una sociedad prescindir de la religión? (...) Aquí todo depende no ya *de quién*, sino *de qué* se habla: todo depende de qué se entiende por ‘religión’. Si entendemos la palabra en el sentido occidental restringido, como la creencia en un Dios personal y creador, entonces la respuesta se resuelve históricamente: una sociedad puede prescindir de la religión. El confucionismo, el taoísmo y el budismo desde hace mucho tiempo lo han probado, inspirando a sociedades enormes y admirables civilizaciones, entre las más antiguas de las que siguen vivas en la actualidad, entre las más refinadas, incluso desde un punto de vista espiritual, y que no reconocen ningún Dios de este tipo. (...) En cambio, si tomamos la palabra ‘religión’ en su sentido amplio y etnográfico, la pregunta sigue abierta. La historia, por mucho que nos remontemos en el pasado, no registra ninguna sociedad completamente desprovista de ella. El siglo XX no es una excepción”. (Pág. 29)

“Nos vemos obligados a admitir que no conocemos ninguna gran civilización sin mitos, sin ritos, sin sacralidad, sin creencias en fuerzas invisibles o sobrenaturales y, en suma, sin religión en el sentido amplio o etnológico del término. (Pág. 30)

“Recapitulemos. Una sociedad puede prescindir perfectamente de *religión*, en el sentido occidental y restrictivo de la palabra (la creencia en un Dios personal y creador), quizá también podría prescindir de lo sagrado o lo sobrenatural (de la religión en un sentido amplio), pero no puede prescindir ni de la *comunidad* ni de *fidelidad*”. (Pág. 44)

“En todas las grandes cuestiones morales, excepto para los integristas, creer o no creer en Dios, no cambia en nada lo fundamental. Se tenga o no una religión, esto no exime de respetar al otro, su vida, su libertad y su dignidad. Esto no invalida la superioridad del amor sobre el odio, de la generosidad sobre el egoísmo o de la justicia sobre la injusticia. Que las religiones nos hayan ayudado a entenderlo forma parte de su aportación histórica, pero esto no significa que se basten a sí mismas o que tengan su monopolio. Bayle, desde finales del siglo XIX, lo había señalado con rotundidad: tan cierto es que un ateo puede ser virtuoso como que un creyente puede no serlo”. (Pág. 59)

“Podemos prescindir de la religión: pero no de la comunión, ni de la felicidad, ni del amor. Aquello que nos une, aquí, es más importante que lo que nos separa. Paz para todos, creyentes e incrédulos. La vida es más preciosa que la religión (y es lo que quita la razón a los inquisidores y a los verdugos); la comunión más preciosa que las Iglesias (y es lo que quita la razón tanto a los nihilistas como a los fanáticos); y en fin, y es lo que da la razón a la gente buena, creyente o no, el amor es más precioso que la esperanza y la desesperación”. (Pág. 79)

“Hacer asar a un hombre vivo, decía Montaigne, es hacer pagar un precio muy alto por las propias conjeturas’. Pero nadie prendería fuego a las hogueras por una verdad que fuera capaz de demostrar. Por eso, piensen lo que piensen sus partidarios, toda Inquisición, toda Cruzada o toda *yihad* justifican la misma duda que combaten. Es la confirmación, por vía del horror, de que nadie, tratándose de Dios, dispone de un saber verdadero. Y esto es lo que nos entrega, según predomine la pasión o la lucidez, a las guerras de religión o la tolerancia. (...) Pero tampoco es una razón para no pronunciarse. La tolerancia no excluye la reflexión. La incertidumbre no impide la elección (al contrario: sólo hay elección, rigurosamente hablando, allí donde se da la incertidumbre). Filosofar es llevar el pensamiento más allá de lo que se sabe”. (Pág. 87)

“Concluamos con lo más importante, que no es Dios, al menos a mi parecer, ni la religión, ni el ateísmo, sino la vida espiritual. Habrá quien no oculte su extrañeza: ‘¡Usted, un ateo, se interesa por la vida espiritual!’. ¿Y bien? Que no crea en Dios no me impide poseer una espiritualidad ni me dispensa de servirme de ella. (...) Podemos prescindir de la religión, tal como lo he mostrado en mi primer capítulo, pero no de la comunión, ni de la fidelidad ni del amor. Tampoco podemos prescindir de la espiritualidad”. (Pág. 143)

“¿Qué es la espiritualidad? Es la vida del espíritu. Pero ¿qué es el espíritu? ‘Una cosa pensante, respondía Descartes, es decir, una cosa que duda, que concibe, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que también imagina y que siente’. Yo añadiría: que ama, que no ama, que contempla, que recuerda, que se burla o bromea... poco importa que esta ‘cosa’ sea el cerebro, tal como creo, o una sustancia inmaterial, como creía Descartes. No por ello pensamos menos. ¿Qué es el espíritu? Es la potencia de pensar en tanto que tiene acceso a la verdad, a lo universal o a la risa”. (Pág. 144)

“Cualquier religión forma parte, al menos en cierto aspecto, de la espiritualidad; pero no toda la espiritualidad es necesariamente religiosa. (...) Ser ateo no significa negar la existencia del absoluto, sino negar su trascendencia, su espiritualidad, su personalidad; es negar que el absoluto sea Dios”. (Pág. 145)

“Ser materialista, en el sentido filosófico del término, equivale a negar la independencia ontológica del espíritu, pero no a negar su existencia (porque entonces el propio materialismo se volvería impensable). El espíritu no es causa de la naturaleza”. (Pág. 147)